



CREACIÓN

BESTIARIO EN CARTAGENA

Inmortales criaturas inexistentes



En *El silencio del Indostán* (1948) Zoltan Borval adujo que la Historia podría ser un catálogo de mitologías, un certamen de sueños. De él recuperaría Borges la idea de la aparente y necesaria finitud de los seres imaginarios que circundan el orbe. Aunque finitos, estos devienen en causa y consecuencia de bestias ulteriores: sin el terror primero del Dragón sería intolerable el triple ladrido de Cerberus, sin las centrífugas fauces del Uroboros no entenderíamos hoy la voracidad del Cuerus. Así lo habría pensado el poeta Nelson Romero Guzmán, antes y después de su visita a nuestro Taller de Escritura Creativa Cuento y Crónica.

El escritor tolimense estuvo acompañándonos el 16 de noviembre de 2018, en calidad de invitado por parte de la Red de Talleres de Escritura Creativa (Relata-Ministerio de Cultura). En este provechoso encuentro acordamos aventurarnos en su propuesta de un ejercicio de escritura, que hoy damos forma aquí, en Cuento y Crónica, a partir de la lectura a un exhaustivo inventario de Jorge Luis Borges en *Manual de zoología fantástica* (1957), ampliado una década después como *El libro de los seres imaginarios* (1967). En sus páginas reposan, hasta ahora imperturbables, las Quimeras, las Arpías, el Kraken, el Minotauro o el Devorador de las sombras, esperando a ser despertadas, revividas, en mil y una noches distantes y distintas.

Divad Somar Aral, superviviente del primer asedio a San Juan de Acre, dio noticia de un ágrafo pueblo del Neget cuya fe tradujo como “fijar al viento”. Refiere Somar que estos hombres abominaron la escritura porque creyeron en la entidad del sonido, el eco inagotable de la música y la eternidad del suspiro. El copista, alarmado por su doctrina, nunca pudo comprender que la migración de los septépodos horada la brisa e impone la inmortalidad a la voz de muchos pueblos del globo. El misterio cobija también la obra del médico Louis Von El Thari, cuya conjetura primordial es la dieta de los asteptos y su feliz voracidad. Estos dos episodios, sumados al monetario estornudo de los kuychés, esclarecen el origen de la inesperada ventura del que camina a casa, la tristeza de los pueblos y el encanto musical de la ventisca.

Los lectores que se asomen a este compendio encontrarán que su premisa no radica en la desmesura, sino en la vastedad del delirio. Sabrán que diversos pueblos imaginaron las miradas pétreas y serpenteantes del Basilisco y la Medusa, pero admirarán la embriagante pupila del Jolderlin y la precaución de su instinto. Encontrarán que el Brucei es quien regenta la momentánea y cambiante materia de los sueños y decide qué recuerdos son irrecuperables y cuáles continuarán su agonía en la vigilia.

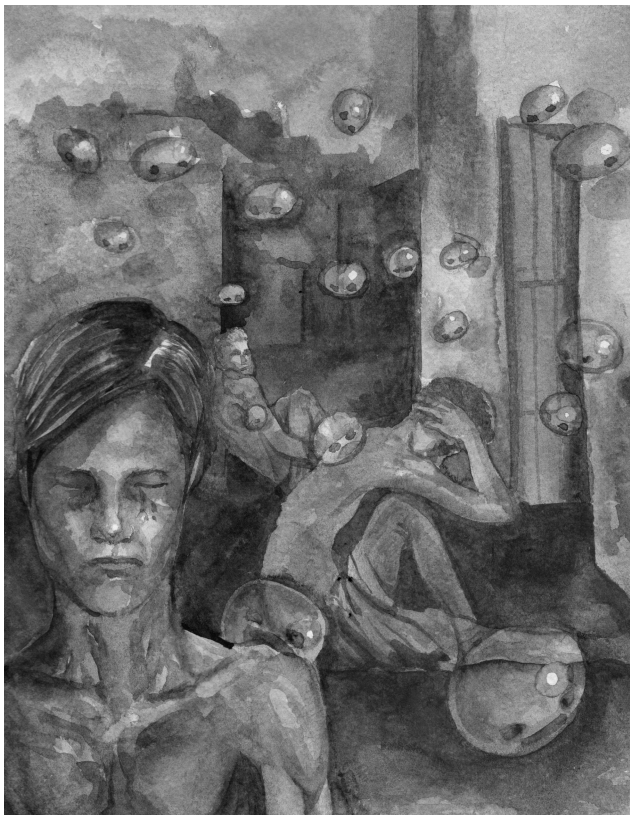
Hemos hecho nuestra una petición de Borges: “Invitamos al eventual lector de Colombia o del Paraguay a que nos remita los nombres, la fidedigna descripción y los hábitos más conspicuos de los monstruos locales.” Esta grata coincidencia geográfica nos permite presentar el testimonio de nuestras quimeras, algunas de arena y otras de ahava, mientras esperamos que reaparezcan aquellas criaturas fijadas al viento y huérfanas de la escrita palabra. Algunas perdurarán más allá de nuestro olvido.

Las ilustraciones que acompañan a esta selección fueron producto del laborioso cuidado de César Gutiérrez. Su fina destreza ha logrado enriquecer, si así los juzga el tiempo, nuestros aciertos y omitido nuestras imposibilidades. Deploro no haber destacado más las cualidades de su arte, la incesante pupila del lector sabrá estremecerse con su belleza.

Nahum Villamil Garcés

Los Astepos

Armando Monterrosa



Solo un libro de Historia en el mundo habla sobre Jeirtz, un pueblo al sureste de Alemania, así como de la catástrofe que vivió cuando apenas iniciaba la Segunda Guerra Mundial, y de lo poco que Louis Von El Thari escribió acerca de los Astepos.

Según el médico alemán, un experimento fallido, a cargo de los científicos de Hitler, terminó creando a estas extrañas criaturas, cuyo efecto fue haber dejado a esta población entera sumida en la tristeza, por lo que, según registros, fue borrada de los mapas para que nadie más sufriera su tragedia.

Pocas personas dicen que lograron ver a los Astepos, justo en medio de parpadeos a la puesta del sol. Aseguran que eran resplandecientes, diminutos, de color verde medio translucido y que tenían la necesidad de mantenerse aferrados en la piel de las personas.

Poseían una especie de cabeza redonda que los hacía flotar. Pero su velocidad era la característica más notable, la que adquirían luego de consumir toda la alegría que podían de las personas, y eso fue lo que hizo perder el control a los científicos que planeaban eliminar una parte de la humanidad. Todo se les salió de control una mañana de invierno, llena de nieve y brisa, cuando un temblor hizo caer las probetas selladas de los laboratorios.

Los Astepos habrían podido viajar al oriente hasta llegar a lo israelitas en Auschwitz y roer sus huesos, pero prefirieron quedarse en Jeirtz, devorando la alegría y la sonrisa que aún quedaba a sus habitantes.



Trypanosoma brucei

Cindy Herrera

En la cima de un árbol que ya casi se extingue, junto a la casa de esta montaña y solo en esta montaña, cohabita con el hombre un endoparásito coleccionador de acciones. Es de tamaño celular, verde agua si de colocarle un color se trata y tiene una capacidad instintiva para comer y habitar los pensamientos humanos. El organismo se alimenta de las cosas que los hombres no pueden recordar cuando despiertan. Para cazar recorre día tras día las solitarias lagunas de Hipnos. Se come por lo general el comienzo y el final del recuerdo y sueño, pero siempre deja un trozo de ellos para que agonice en la realidad. Después de saciarse se pasea por encima de las aguas exhibiendo la fe con unas débiles y delgadas fibras, hilos conductores que succionan la pintura de los rostros y los lugares.

Si las personas de la casa no reposan, él se debilita y se vuelve rojo. Espera entonces que entre a la montaña las 6:00 de la tarde. A esa hora le crecen las dendritas todos los días, y con cautela siente el pasar del viento mientras se oculta el sol. Luego adormece el tiempo; en los

lugares despoblados la costumbre a la soledad le ayuda al corpúsculo a nutrirse más rápidamente.

Mientras las cuencas del hombre se han cerrado y la profundidad de la laguna lo ha sumergido, el parásito toma la última sombra dolorosa vista por el ojo y la deposita en el lugar común para un acceso rápido, luego perfora el limbo y se devora las partes inútiles del pensamiento: el dolor, el miedo, la culpa.

El parásito no siente pesar y vive con la intranquilidad de saberse útil en este lugar por la eternidad. Un núcleo negro en su pecho le advierten el paso del tiempo de su anfitrión, pero a él no le perturba, ni la muerte ni los recuerdos; nada le indigesta, no siente el temor de la muerte, aunque conviva con ella. Lo que realmente sorprende es que, después de alimentarse de pensamientos fallidos, de oraciones devotas y de los rostros de los muertos, vive ligero y nada le cae pesado, excepto guardar el sueño del hombre que habita la casa de la montaña.

Los Kuyché

Laura Jazmín



Los Kuyché nacen en las flores de los Cedrela Odorata, habitan entre sus hojas más altas la mayor parte de sus vidas. Son seres asexuados que no llegan a medir más de quince centímetros. Carecen de un registro de sonidos propio, por lo que su comunicación

se basa en el tacto, en toques unos más sutiles que otros, dependiendo del mensaje que quieren transmitir.

Cuando los Kuyché nacen son de un color rosa, pero su adultez es adquirida en dos semanas, cuando su piel pasa a ser del tono y textura del tallo del Cedrela Odorata: marrón y corrugada. Tienen patas con tres pequeños dedos en forma de hojas, con porosidades por las que se alimenta con los diminutos bichos que caen bajo ellos. Poseen cuatro alas rojas que solo le permiten elevarse unos cuantos centímetros.

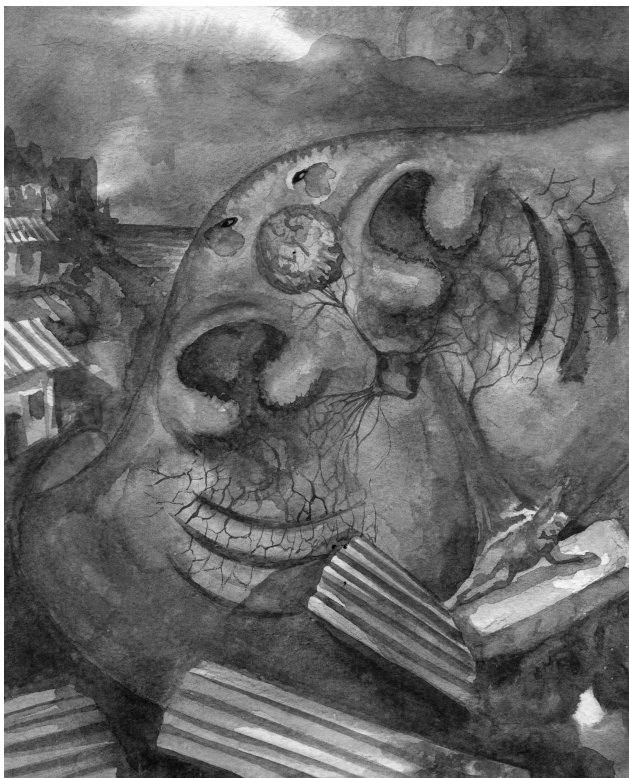
Los Kuyché son alérgicos a los lirios, sus estornudos, casi que inadvertidos, se convierten en las monedas que se encuentran las personas mientras van de camino a casa. Cuando lloran, de sus ojos color plata brotan semillas que al caer en tierra fértil dan vida a otras especies de árboles.

Cuando envejecen, su piel corrugada se llena de flores moradas, tantas como días les queda de vida para entonces.

Con el último suspiro, los Kuyché ofrecen su vida, para que sus pequeños cuerpos muertos sirvan para que crezca un nuevo Cedrela Odorata.

El Cuerus

Nelson Rafael



Es un animal que levita a menos de dos metros de altura en la isla Los Cocos en el Caribe insular, su cuerpo es ancho, transparente y ondulado. Al interior se aprecian flujos sanguíneos de color naranja oscuro que recorren su viscosa estructura. En la parte delantera se aprecia el inicio de sus dos gargantas que son anchas y rugosas. No tiene huesos, tampoco ojos o alas.

El Cuerus sale a las 3 de la madrugada del mar, su cuerpo se desprende de las olas y se eleva sobre la playa. Abre sus dos bocas y persigue el olor a sudor excesivo. Se mueve con rapidez en busca de gentes gordas dormidas de las cuales alimentarse. Rompe el techo o las paredes de las casas costeras. Con su primera garganta succiona la sangre de sus presas y con la otra, traga de un bocado.

Los extintos indios caribes contaban que el Cuerus era un castigo de los dioses a la desmesura. Esa versión la tomaron los cronistas de Indias Alberto Mejía Sotomayor y Luciano Campuzano, quienes en el siglo XVII avistaron un espécimen y lo describieron como “una ola andante que caza a las gentes gordas”. Aquella ocasión, un monje fue tragado y su cuerpo fue visto en el aire por el padre Henry Matthews quien caminaba a la iglesia a preparar la oración de laudes.

Esa madrugada, un grupo de militares persiguieron al Cuerus hasta la playa donde la brisa apagó los candeleros, hicieron disparos al aire y luego corrieron hacia el poblado. El padre Matthews se quedó. Según sus relatos, estuvo elevando oraciones mientras el animal se sumergía al mar.

El traqueteo de los huesos se escuchó con intensidad pese a las ráfagas de viento, al amanecer una espuma rojiza fue arrojada por las olas hacia la arena. El sacerdote hizo una misa fúnebre en ese lugar y luego regresó a Europa.

Esta mañana, en Los Cocos, el viento era fuerte. Los pescadores que arribaban sus botes a la playa vieron la arena rojiza. En el centro poblado había gritos, María Santino, la cocinera de pescado frito, había desaparecido. El techo de su casa estaba roto.



La reina Ahava

Mónica Caro



Rakk es el reino donde llegan de paso las almas, conducidas por el viaje constante de la muerte a través de las aguas. Allí se extienden suelos cubiertos de arenas blancas, arboles con hojas colgantes gigantes, que parecen abanicar todo el lugar, y dar ese fresco aire olor a pino, que podría hacer que alguien pierda el camino, pero se sienta feliz, porque de otra manera no habría descubierto, las lagunas de aguas azules cubiertas de aves diminutas, que al acercarte se espantan y elevan su vuelo, obligándote a mirar hacia arriba, para entonces encontrarte con un cielo de colores brillantes a pinceladas, tan perfectas, que te parecería ver la mano que las traza.

En Rakk, solo unos ojos pueden ver tal belleza, los de la reina Ahava, guardiana inmortal de las aguas. Ella tiene larga cabellera azul, y su

cuerpo cubierto, de pequeñas, coloridas y suaves plumas, que oculta bajo su manto, dejando al descubierto, solo sus grandes ojos verdes.

Que pueden ver, el mal y el bien, que han hecho las almas que llegan desorientadas al reino, quienes han muerto en el mar, parecen perderse entre sus recuerdos de la vida y la muerte, pierden su camino de paso a otra vida. Ahava, les otorga el regalo de encontrar su destino, con un mapa invisible que a trazos de luz los guía.

La reina aprovecha el letargo de las almas, para preguntarles de donde vienen, que hay más allá del mar, y decirles el precio para recibir el mapa.

Un acto de bondad, y para lograrlo es ella quien convirtiéndose en un pequeño niño desamparado, llora y pide un abrazo que lo consuele. Siempre ante la más inofensiva de las peticiones hechas por los brazos de un niño, todos se alejan como si les estorbare. No es más que en un enfrentamiento de la inocencia con la maldad oculta en las almas, y así en el paso por Rakk, los buenos pueden no serlo tanto y los malos empezar a serlo.

La reina vuelve a su forma, frente a las almas, y es cuando saben que no han pasado la más ingenua de las pruebas. Y escapa a sus deseos recibir el mapa de las almas, siendo expulsados a pagar su mal, en las profundas, solitarias y oscuras aguas, donde nadie que baje, logra subir, no hay camino de regreso después que la reina ha dictado sentencia.

Solo unos pocos reciben el mapa, para que encuentren su camino.

Los septépedos

David Lara Ramos



1. La bulla natural

Antes de que hubiera tronco o semillas ya habitaban los sonidos en los vientos. El silbido leve sobre las holladuras del guamacho, el roce de las hojas de bambú en su propia enramada vino después. La bulla natural, el espíritu de la primera música, las melodías del silencio. Si hubo alguna criatura que habita ese silencio, hay que decirlo, nada fue concluyente. Eso habría cambiado la historia. La duda sobre presencia alguna se mantuvo por siglos. Nuevas plantas crecieron. Brotó la ceiba roja, la ceiba blanca, la ceiba moraba, el campano y el camajón.

Por milenios, la discusión sobre los sonidos que habitaban los vientos se olvidó, hasta que se sintieron los primeros pasos sobre la hierba mojada. El sonido tímido de unas pisadas sobre las flores amarillas del cañaguatate.

2. El sonido vigoroso

Creció la incertidumbre. Se especuló si era una especie de pata hendida o casquillos uniformes, estaba claro que eran solo siete por los dibujos hallados en las cuevas de Petrania. De sus cuerpos se sabe muy poco. Las incisiones en las piedras parecen advertir que tenía orejas largas o cuernos cortos. Su lomo podía llegar hasta la cintura de un hombre, según las estampas de cacería que se advierten sobre las paredes y rocas.

Los llamaron septépedo. Aquel número certero de patas pasó a un segundo plano cuando se descubrió que el cuero de las hembras, golpeado en su vientre, emitía un sonido vigoroso. Tun tam/ tun pa/ ta... repitió la voz que guardó aquel sonido lleno de cadencia y ritmo. Ese pudo ser el primero. No era ni de viento ni de silbido ni melodías de silencio. Tun tam/ tun pa/ ta ta.

3. Las espinas de las ceibas

Los septépedos machos eran despreciados y muchos morían sin conocer hembra alguna. La afición por la cacería de las hembras, terminó en catorce años la especie. Hay que agregar, que en parejas chocaban sus cabezas sobre las salientes espinas de las ceibas y morían desangrados al pie de los árboles. Alentados por aquella reacción fuera de todo instinto, los cuerpos de los septépedos eran desollados por docenas. Algo sucedió. Aquellos cueros, al golpearlos producían silencios que penetraban intensamente en la manigua. Era tal el silencio que todo podía escucharse en la espesura.

Hasta hoy, ni la ciencia que estudia los sonidos ni los expertos en instrumentos de percusión, han podido resolver aquel misterio.

El jolderlin

Javier Córdoba Cuevas



y espera durante varias horas a lo que pueda atravesársele. Mata a su presa provocándole el miedo o la demencia, apuntando directo a los ojos con el filo de sus pupilas contraídas, ayudándose también con la ultravibración que generan sus largos bigotes. Pero nunca llega a devorar a su presa, por la precaución instintiva y secreta de no contraer el miedo que ya ha provocado en ella.

En ocasiones se llegan a encontrar y a enfrentar dos jolderlin sobre los tejados de las casas. La luz de la luna enciende las pupilas de estas dos criaturas abatidas por el insomnio, mientras se atacan una a la otra. Las colas se erizan en finos pelos, entre los cuales sobresalen agujijones, unos más gruesos que otros, dependiendo de la edad del jolderlin. Solo garras y colmillos hasta que al final quede solo uno de ellos, y las moscas en la noche vuelvan a revolotear sobre la mortecina que dejan los jolderlin ya muertos, un hedor que alejaría a cualquier otro animal.

Taller de Escritura Cuento y Crónica

Las moscas celebran con su inhabitual danza nocturna en el lugar donde *el jolderlin* ha rondado horas atrás. Cadáveres de lagartijas quedan regados por toda la estancia luego de una noche poco agitada de esta criatura, que usualmente caza para anular las horas en que no logra conciliar el sueño. Y lo que atrapa, ya sea roedores, o arañas, o algún anfibio, no muere con el vientre desgarrado, ni con la cabeza decapitada, como sus garras y colmillos podrían avisarle a un observador atento. El jolderlin se posa en silencio, recoge sus patas, que a la par son escamosas,

